

BABEL

Revista de Arte y Crítica

Se publica cada dos meses

MARZO - ABRIL 1946

SUMARIO:

<i>Pedro Prado</i>	LA VIDA PROVISORIA
<i>Manuel Rojas</i>	NOCTURNOS
<i>James T. Farrell</i>	TRIBUTO A SHERWOOD ANDERSON
<i>Sherwood Anderson</i>	LAS BOTELLAS DE LECHE (cuento)
<i>Jorge Jobet</i>	CÁNTICO DEL TIEMPO
<i>Luis Franco</i>	EL ESTADO, NEGACIÓN DEL HOMBRE
<i>Boy Zalensky</i>	JULES VALLES Y SU TRILOGÍA

Santiago 32 *de Chile*

T I E R R A F I R M E

La única colección de libros de autores latinoamericanos sobre temas de la América Latina.

ORIGINALES MODERNOS, BREVES, LEGIBLES,
BIEN PRESENTADOS, BARATOS.



SE HAN PUBLICADO:

Augusto Guzmán *B. Sanín Cano*
TUPAJ KATARI LETRAS COLOMBIANAS

Julio Jiménez Rueda
LETRAS MEXICANAS EN EL SIGLO XIX

Mariano Picón Salas
DE LA CONQUISTA A LA INDEPENDENCIA

Arthur Ramos
LAS POBLACIONES DEL BRASIL

Alfonso Crespo
SANTA CRUZ, EL CONDOR INDIO

Gilberto Freyre
INTERPRETACION DEL BRASIL

Luis de Valcárcel
RUTA CULTURAL DEL PERU

Leopoldo Benítez
ARGONAUTAS DE LA SELVA

Medardo Vitier
DEL ENSAYO AMERICANO



EN TODAS LAS LIBRERÍAS, O CON EL EDITOR:

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63

MEXICO, D. F.

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE
LEE EN ESPAÑOL

LIBRERIA MEXICO

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA BABEL

*Alameda B. O'Higgins 2555
Tel. 92232*

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA NASCIMENTO

Ahumada 125 - Tel. 83759

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

DISTRIBUIDORA L I T E R A R I A

*Estado 75 - Of. 6 - Casilla 1071
Santiago*

LOS MEJORES LIBROS
VISITE NUESTRA AMPLIA
EXPOSICIÓN

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

*Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 9351*

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

LIBRERIA EL SEMBRADOR

Pasaje Matte 29 - Tel. 86240

LIBROS Y REVISTAS EN INGLÉS:
LITERATURA PARA NIÑOS, LI-
BROS TÉCNICOS NOVEDADES EN
ESPAÑOL

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

*Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.*

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA SENECA

*Huérfanos 836 - Tel. 33698
Casilla 13171*

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES
CHILENAS AGOTADAS

ZAMORANO Y CAPERAN LIBRERÍA

*Compañía 1015-1019 - Cas. 362
Teléfonos 80726 - 27 - 28*

OBRAS NACIONALES
Y EXTRANJERAS

EDITORIAL "CULTURA"

presenta la novedad literaria del año:
COLECCION «LA HONDA»
bajo la dirección de *Nicomedes Guzmán*

Doce autores, doce títulos: una síntesis extraordinaria de la realidad actual de Chile a través de la interpretación de nuestros mejores noveladores nuevos

EL GOLFO DE PENAS,
por Francisco A. Coloane

SINFONIA EN PIEDRA,
por Raúl Norero

VENTARRON,
por Reinaldo Lomboy

PAMPA VOLCADA,
por Mario Bahamonde

COMARCA DEL JAZMIN,
por Oscar Castro

POR EL ANCHOCAMINO DEL MAR
por Guillermo Valenzuela

UNA CASA JUNTO AL RIO,
por Gonzalo Drago

TIERRA EN CELO,
por Juan Donoso

LA BODA DEL GRILLO,
por Nicasio Tangol

SEWELL,
por Baltazar Castro

SOBRE LA BIBLIA, UN PAN DURO,
por Andrés Sabella

LA NOCHE Y LAS PALABRAS,
por Eduardo Elgueta

Valor de la suscripción
por los 12 volúmenes: **\$ 250.-** No se venderá por
tomos separados.

SOLICITE PROSPECTOS Y SUSCRÍBASE EN:

LIBRERIA DE LA EDITORIAL CULTURA
Huérfanos 1165 — Teléfono 81291 — Casilla 4130

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,
2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA:

Alonso, Amado, <i>El artículo y el diminutivo</i> ... \$ 10.-	Lira, Pedro, <i>El Código Civil y el nuevo de- recho</i> 60.-
Amunátegui S., Domingo, <i>Las letras Chilenas</i> 25.-	Mardones, Francisco, <i>Curso de Geometría Descriptiva</i> 120.-
Anabalón, Carlos, <i>Tratado Experimental de De- recho Procesal Civil Chileno</i> .. 200.-	Pinilla, Norberto, <i>La generación chilena de 1842.</i> 40.-
Castro, Américo, <i>Conferencias dadas en la Uni- versidad</i> 25.-	Pinilla, Norberto, <i>Bibliografía crítica sobre Ga- briela Mistral</i> 10.-
Labarca, Amanda, <i>Historia de la Enseñanza en Chile</i> 50.-	Pinilla, Lagos y Rojas, <i>Panorama literario de 1842..</i> 15.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN
ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

BABEL

Revista de Arte y Crítica

Director: ENRIQUE ESPINOZA

1946

Santiago de Chile

VOLUMEN VIII
NUMERO 32

Pedro Prado

La vida provisoria *

Raro es el hombre que vive de un modo pleno su presente. Sólo por instantes, grandes dolores, sensaciones hondas o alegrías que le llevan al olvido, hacen que él se entregue al tiempo que pasa. Pero luego sus anhelos, y él en pos, van más allá del día en que vive; y todo él queda asentado en el futuro. El pan que así atraído come, le hurta su sabor; la vida misma, que va acercándole a la muerte, ofendida por aquella indiferencia, le escamotea su valor real, y todos sus años quédanle vacíos como una espera obsesionante, llenos por aquella escucha perenne.

Cuando yo tenga fortuna, dicese el hombre, entonces me dedicaré a la realización de mi ideal; y como nadie sabe lo que la fortuna sea, él tampoco logra entenderlo, y ve, si de ello es capaz, que recorre un camino sin fin, siempre abierto al miraje de un sucesivo horizonte. Se logra fácilmente ser rico para el juicio ajeno, rara vez para el propio, que en el intermedio nuevos hábitos arraigan tercos y ladinos como parásitos que piden ser saciados. Y no es sólo la realización previa de la fortuna lo que impide al hombre entregarse a vivir con dignidad la vida presente, lo es cualquier futilidad. Siempre quiere comenzar sus empresas más dignas en fechas iniciales: el principio de un año, de un mes, de un día.

En el entre tanto, él sigue creyéndose uno mismo con aquél que tuvo la esperanza inicial, y no repara en que habituado ya a tener a esa esperanza siempre distante entre él y ella, como cabían con desahogo, han ido interponiéndose y arraigando muchas cosas. Que no es posible el vacío ni en la vida ni en la acción. Quien espera llegar a dar comienzo a algo mediante

NO TENGO DERECHO A DETENERME.
YA MI EDAD AVANZA Y TAL VEZ EL
DESTINO ROMPA MI VIDA EN LA MITAD,
DEJANDO INCONCLUSA LA TORRE BA-
BÉLICA QUE ESTABA TAN BRAVAMENTE
CONCEBIDA.

GOETHE

* Este pequeño ensayo escrito hace veinticinco años, nos fué remitido por su autor a Buenos Aires para el número inicial de BABEL (Abril de 1921). Lo reproducimos como elocuente muestra de antigua vinculación chileno-argentina.

la realización de otras cosas previas verá crecer y multiplicarse estas últimas.

Muchas veces la belleza, la grandiosidad, la energía involucrada en nuestra obra o ideal por acometer, nos paraliza vanamente. Toda cosa por hacer, considerada en conjunto entraba el ánimo; pero el secreto de su ejecución está en realizar una parte de ella primero y las otras después. Principalmente la inicial, que el espíritu, la acción, la vida, todo aquello en que late, real o veladamente, un principio de movilidad, a semejanza del agua contenida, buscando está escurrirse y manar.

Triste y desolador aspecto el que ofrecen casi todos los hombres que nos rodean. Si en su propia comida no están presentes, en su labor de hoy tampoco lo están; y este ausentismo del espíritu, y este del tiempo actual que van viviendo, fórmales un curioso vacío todo lleno de obras que no amaron, y de días que no vivieron.

Para dar comienzo a lo que más amamos—¡oh inútil espera de un nuevo sol, de un nuevo año, de la fortuna que nunca llega, de una nueva política, de un nuevo régimen social! ¡Cambios aparentes, trama siempre igual! No son ellos los que contribuirán a la labor; ellos son el marco a llenar, la urdimbre donde tejer. Ellos, aun cuando más o menos propicios, siempre serán pasivos de toda pasividad.

Quien los aguarda, en realidad en sí se aguarda; porque quien sólo en el futuro sueña, es débil como un niño por nacer. El día de hoy también fué futuro, pero nadie lo recuerda. Sólo unos pocos seres parecen sospecharlo, porque le sonríen como si le encontrasen aun perfumando a las esperanzas que por tan largo tiempo estuvo conteniendo.

Manuel Rojas

Nocturnos

SUEÑO

*Esta es la noche y su campana de rocío silenciosa
de los ríos del mundo levántase oscilando.*

*Sobre su alta grupa busco el sueño
y su pasto denso de susurros.*

Un hombre está cansado esta noche de estrellas semejantes.

*Siento tus labios recorriendo la forma de mi rostro,
llamándome al dulce juego tus palabras que se anudan
a mi cansancio;*

*pero yo me deslizo deteniéndome apenas en los recuerdos
del día muerto.*

*Me desprendo y caigo como los frutos en la sombra
y empiezo a andar tanteando la pesada tierra del sueño.
Reflejos amarillos y rojos, la luz del día reviviendo en
mis ojos cerrados.*

*Rostros de amigos claros bajo grandes sombreros,
la sonrisa de blancos dientes,
desde la ventanilla del tren
el paisaje y su estrella en el álamo.*

*Grito al caer saltando con los brazos abiertos
y despierto buscándote en el recuerdo de las horas con sol.
Pero me suelto de nuevo y esta vez caigo sin asirme,
arañando las altas paredes del sueño.*

*A través de bosques, cantando, calles llenas de gente
y navíos que atracan entre los gritos de los contramaestres;
aquella lancha en la bahía cargada de grandes plátanos;
rostro de ídolo chino sonrío sintiendo crecer su rosa
ardiente.*

*¿De dónde viene aquella canción? Yo oigo mi lento
respirar.*

*Pero todo es de pronto como una fotografía movida y
obscura.*

*Los minutos saltando en su red y la arquitectura de
estrellas.*

La noche. Silencio. Paz.

*Un hombre se ha dormido ante tu rostro que me mira
y sonrío.*

EL RÍO

*Vuelve en la noche el recuerdo de la muerta:
los reflejos claros de sus ojos,
sus manos frías en verano,
sus muslos tibios en invierno.
Vuelve en la noche el recuerdo de aquella
en quien reposaban mi dureza y mi ternura de hombre,
finas herramientas hoy perdidas.*

*Solo, en la sombra siento crecer el río
mientras el piano canta y los niños duermen.*

*Vuelven también las mujeres hambrientas de mi corazón
herido de muerte
y de mi cuerpo que se agota en la soledad:
mujeres marchitas o enardecidas a destiempo,
viudas de grandes labios y largas piernas,
amantes de aldea deseosas de casarse antes de envejecer,
prostitutas con ojos de violeta y nombre extranjero,
queridas gastadas por tres mil noches de sensualidad
sin amor.*

*Todo el angustioso placer del viudo de cuarenta y dos
años.*

*Todo vuelve como un río en que navegan
los ojos de la muerta y los cuerpos de mis hijos.
Vuelve el viento caliente y el latido de la muerte,
las horas sin sentido, el caer sin asirse. .
mientras el piano canta y el llanto crece.*

*

*Apártate, rosa celeste,
chirihue sin destino:
el aliento del río surge de mi boca
y el roer de la muerte está en mí.
En mí están las mujeres hambrientas y el llanto sin fin.*

*Cierra tus manos y suéltame,
tus manos frías y débiles,
que un instante parecieron detener mi estrella
y este canto que cae.*

1938.

James T. Farrell

Tributo a Sherwood Anderson *

He estado leyendo las *Memorias* de Sherwood Anderson. Es muy triste leer este libro y darse cuenta de que Anderson no existe ya. Lo he conocido apenas, pero sentía que era un hombre suave y encantador.

Es difícil para mí juzgar sus memorias. Años atrás, cuando yo era joven, leí muchos de sus libros, que me impresionaron profundamente. En aquel tiempo — era en 1927 — yo empezaba a buscar el modo de abrirme camino como escritor. Quería escribir. Amaba las palabras. Deseaba entenderme a mí mismo y a los demás. Afrontaba aquello que interesa en primer término a los jóvenes y que los escritores noveles sienten más agudamente. Me refiero al problema de la propia identidad. Es el problema central de todos los escritos de Sherwood Anderson. Estoy convencido de que era mi profunda inmersión en dicho problema lo que tan atractivo me hacía en aquella época la obra de Sherwood Anderson.

Sus volúmenes de cuentos cortos, *Tar* y *A Story Teller's Story* eran bocanadas de aire fresco para mí. Me daban idea de cómo debía aproximarme al trabajo que soñaba emprender. Si bien siempre he admirado mucho la novelística de Theodore Dreiser y los críticos han comparado más frecuentemente mis escritos con los suyos, quiero dejar constancia de que Anderson ejerció una influencia mayor sobre mí. No creo que asome demasiado esta influencia en mis trabajos actuales, pues era la influencia de la inspiración. Un tipo de influencia que lo empuja a uno al trabajo y que le da el sentido de aquello que tiene valor y significación en la vida que se trata de re-

* En el quinto aniversario de la muerte de Sherwood Anderson en Panamá, mientras se dirigía en viaje a Chile, publicamos la presente alocución radial de nuestro amigo y colaborador James T. Farrell, junto a un cuento del autor de «La risa negra» y una carta a nuestro director.

crear. Ahora que leo sus *Memorias* y me digo tristemente que Anderson no existe ya, siendo levantarse de sus páginas las frescas auras de mi juventud. Por eso resulta tan difícil enjuiciarlo.

Como en el caso de Máximo Gorki los primeros trabajos de Anderson constituyen lo mejor de su obra. No creo que haya sido superado como cuentista en toda la moderna literatura norteamericana. Si hay en ésta, en lo que va del siglo, obras de valor permanente, estoy seguro de que figuran entre ellas *Winesburg Ohio*, *I Want to Know Why, I am a Fool* y *The Triumph of an Egg*. Otra de sus más finas historias es *Death in the Woods*. En todas ellas vemos reflejarse su aproximación al problema central de la propia identidad. Su manera de tratar este problema era social. Toda su vida se planteó esta pregunta: ¿Qué soy? Es una de las preguntas más serias que uno puede formularse.

En la obra de Anderson se siente un gran amor al pueblo. Escribió siempre acerca de gentes sencillas y él mismo se ponía a su nivel, identificándose con sus problemas, sus desilusiones, sus perplejidades. Comprendía que al hacerlo podía mirar más claramente en su propia conciencia.

Sherwood Anderson trató de traer vida y verdad a las letras norteamericanas. Era un precursor y los precursores literarios siempre sublevan a las mentes convencionales, porque auguran nuevas formas de vida, nuevos modos de considerar los misterios que le son inherentes y que se manifiestan en nuestro propio ser.

Cuando *Winesburg Ohio* se publicó por primera vez tuvo un recibimiento mezquino, en algunos círculos, justamente porque era una obra precursora. Fué calificada de sucia. Esto es muy común en la experiencia de un escritor. Anderson consigna en sus *Memorias* el trato infame que recibió aquel libro tan fino.

Se ha comparado después muchas veces a Sherwood Anderson con Anton Chejov. Creo que tal comparación es falsa por muchos motivos. Hay grandes diferencias entre

los cuentos de Chejov y los de Anderson. Sin embargo, el tema central de ambos escritores es el mismo.

Máximo Gorki recuerda en una hermosa evocación de Anton Chejov cuál era el mensaje de su amigo. Gorki describe cuán triste y gris es el mundo chejoviano. Muchos de sus contemporáneos ansiaban una vida más noble; pero eran incapaces de levantar un dedo para lograrlo. Entonces —dice Gorki— fué cuando entre esa gente triste se hizo oír la voz de un hombre muy profundo y observador. Era una voz angustiada en su amabilidad que parecía decir; «Mis amigos, vosotros vivís muy mal y es una vergüenza vivir así.»

Y esto mismo es lo que nos dijo a nosotros Sherwood Anderson. Su mensaje no era otro. También, como Chejov, Anderson vió que vivíamos mal y que no estaba bien que viviéramos así. Teníamos que vivir mejor; para eso era necesario que fuéramos más libres y más humanos y más honrados con nosotros mismos. En esto consistía, según vimos, el problema de la propia identidad para Sherwood Anderson. Ahora que ya no existe su persona, nos queda su mensaje vivo para siempre en sus libros.



SHERWOOD ANDERSON por Gropper

Sherwood Anderson

Las botellas de leche

Marion, Virginia, June 19, 1926.

My dear Mr. Espinoza:

I am writing you at the request of Mr. Waldo Frank who tells me that you want to translate and publish in your magazine, one of my stories THE BOTTLES OF MILK.

He also says me to send you my photograph but unfortunately I have none now.

I will be very glad to give you permission to translate and publish this story in your magazine. However, I am sorry I haven't the photograph to send.

Sincere regards,

SHERWOOD ANDERSON

Vivía yo ese verano en una sala grande del último piso de una casa vieja en el barrio norte de Chicago. Estábamos en Agosto y la noche era sofocante. Hasta después de media noche permanecí sentado — el sudor me corría por la espalda — bajo una lámpara, tratando de penetrar en la vida de los personajes imaginarios, que, asimismo, trataban de vivir en el cuento en que yo trabajaba. Era una empresa desesperada.

Me embrollaba en los esfuerzos de los brumosos personajes como ellos a su vez se embrollaban en el calor de la incómoda pieza y en el hecho de que, aunque hacía lo que los granjeros del Oeste Medio llaman «un buen tiempo para el maíz», era simplemente un infierno *vivir* en Chicago.

Tomados de la mano los brumosos personajes de mi mundo imaginario y yo buscábamos a tientas el camino en un bosque de hojas calcinadas. El suelo ardiente nos arrancaba los zapatos. Nos afanábamos por abrirnos camino a través del bosque hacia una ciudad fresca y hermosa. El hecho es que, como ustedes comprenden claramente, estaba perdiendo un poco la cabeza.

Cuando renuncié a la lucha y me puse de pie, las sillas bailaban en la habitación. Ellas también corrían al azar a través de una tierra ardiente tratando de alcanzar alguna ciudad fantástica.

«Sería mejor que saliera a dar un paseo o a zambullirme en el lago para refrescarme»— pensé. Salí de mi pieza y descendí a la calle. En un piso más bajo de la casa vivían dos actrices cómicas que acababan de regresar de la función nocturna y que conversaban sentadas en su habitación. Cuando llegué a la calle un objeto pesado giró delante de mi cabeza y se estrelló contra el pavimento. Un líquido blanco me salpicó la ropa y pudo oírse, saliendo de la única habitación iluminada de la casa, la voz de una de las actrices:

—¡Qué infierno! ¡Vivir esta condenada vida, vivir y trabajar en semejante ciudad! ¡Un perro lo pasa mejor! ¡Y ahora nos van a quitar la bebida también! ¡Llego de trabajar de ese horno de teatro en una noche de calor como ésta, y qué veo: una botella a medio llenar de leche agriada en el marco de la ventana! No quiero aguantar más! ¡Voy a hacer pedazos todo!— gritaba.

Me alejé en dirección al este. Del extremo opuesto de la ciudad, grandes hordas de hombres, mujeres y niños habían venido a pasar la noche al aire libre a orillas del lago. Hacía, allí también, un calor sofocante y el aire estaba cargado de una como sensación de lucha. En unos cuantos acres de terreno llano, que habían sido pantanos anteriormente, unos dos millones de almas luchaban por conquistar la paz y la tranquilidad del sueño sin conseguirlo.

Más allá de la semiobscuridad y de la estrecha lonja de parque que bordeaba el agua, las enormes casas vacías de la gente elegante de Chicago dibujaban un borrón gris-azulado sobre el cielo. «Gracias a Dios — pensé — hay gente que puede salir de aquí, irse a las montañas, a las playas o a Europa.» Tropecé en la semiobscuridad con las piernas de una mujer que trataba de dormirse acostada sobre el césped. Una criatura que yacía a su lado empezó a llorar cuando ella se sentó. Murmuré una excusa y dí un paso a un costado; al hacerlo chocó mi pie con una botella medio llena de leche que se derramó por el césped.

—¡Oh, lo siento, discúlpeme!— exclamé.

— No importa — contestó la mujer —; la leche estaba agria.

*

Era un hombre alto, cargado de hombros, de cabello prematuramente gris; trabajaba como redactor en una agencia de publicidad de Chicago — en donde también yo estuve empleado algún tiempo — y esa noche de Agosto lo encontré paseando a grandes trancos rápidos y vehementes a lo largo de la orilla del lago, más allá de los grupos de gente cansada, malhumorada. No me vió al principio y me asombré de su vitalidad tan manifiesta cuando todo el mundo parecía muerto; pero un foco, de una avenida cercana, arrojó su luz sobre mi cara y el hombre me descubrió.

—¡Usted aquí!— exclamó vivamente—. Vamos a casa. Tengo algo que mostrarle. Iba en su busca. Eso es lo que hacía — mintió, mientras me arrastraba en su prisa.

Fuimos a su departamento, situado en una calle detrás del parque y del lago. Familias alemanas, polacas, italianas y judías provistas de sucias frazadas y de las eternas botellas de leche a medio llenar, llegaban preparadas para pasar la noche al aire libre; pero entre la multitud, las familias americanas empezaban a renunciar al afán de encontrar un sitio fresco y ya una pequeña corriente de ellas refluía a lo largo de la acera, regresando a las camas calientes de las calurosas casas.

Era la una pasada y el departamento de mi amigo estaba tan desordenado como caluroso. Explicó que su mujer había ido con sus dos criaturas a una granja cercana a Springfield en Illinois, a visitar a su madre.

Nos quitamos los sacos y nos sentamos. Las delgadas mejillas de mi amigo estaban coloreadas y los ojos le brillaban.

— Como usted sabe... bueno... como ve — comenzó y luego vacilando se rió turbado como un escolar—. Bueno — empezó de nuevo —, hace tiempo que quería escribir algo verdadero, algo que no sea avisos. Seré idiota pero es así.

Siempre fué para mí un sueño escribir algo importante que llame de veras la atención. Supongo que será el sueño de una porción de redactores de avisos. ¿No? Ahora, mire, no vaya a reirse. Creo haberlo realizado.

Explicó que había escrito algo referente a Chicago, capital y corazón, decía, de todo el Oeste Central. Se llenó de indignación.

— Llegan del Este o de las granjas o de esos agujeros de pueblos como ese de donde yo vine, y les parece ingenioso poner a Chicago por el suelo — declaró—. Pensé que debía desenmascararlos — agregó, levantándose de un salto y paseándose nerviosamente por el cuarto.

Me pasó varias hojas de papel cubiertas de palabras garabateadas rápidamente, pero yo protesté y le pedí que las leyera en voz alta. Lo hizo, de pie y mirando hacia otro lado. Había cierto temblor en su voz. Lo escrito se refería a cierta ciudad fantástica que yo nunca había visto. La llamaba Chicago, pero sin tomar aliento hablaba de grandes calles resplandecientes de color, de edificios como fantasmas elevados a los cielos nocturnos y de un río que fluía por un cauce de oro hacia el Oeste infinito. Era la ciudad, pensé, que andábamos buscando yo y los personajes de mi historia esa misma noche cuando, a causa del calor, perdí un poco la cabeza y no pude seguir trabajando. Los habitantes de la ciudad descrita eran gentes animosas y sensatas que marchaban hacia cierto triunfo espiritual, cuya promesa estaba implícita en los aspectos físicos de la ciudad.

Ahora bien; yo soy uno de esos que, por el cultivo cuidadoso de determinados rasgos del carácter, ha conseguido vigorizar el lado más brutal de su naturaleza, pero no puedo derribar a las mujeres y a los chicos para tratar de subir a los tranvías de Chicago ni puedo decirle a un escritor, en su cara, que su obra es una porquería.

— Está muy bien, Ed. Usted es un gran hombre. Ha hecho una obra maestra definitiva. Suena tan bien como lo de Henry Mencken cuando habla de Chicago como del cen-

tro literario de América; y usted ha vivido en Chicago y él nunca. Lo único que se le ha olvidado es de poner alguna cosita sobre los mataderos, pero lo puede agregar más tarde — añadí, preparándome para partir.

— ¿Qué es esto? — pregunté, levantando media docena de hojas que estaban junto a mi silla en el suelo. Las leí ávidamente. Cuando hube concluido él tartamudeó y se disculpó y atravesando la habitación me arrancó de un tirón las hojas de las manos y las arrojó por la ventana abierta.

— Quisiera que no las hubiese visto. Es otra cosa que escribí sobre Chicago — explicó confundido—. Sabe, hacía tanto calor y allá en la oficina tuve que redactar el anuncio de una leche condensada precisamente cuando me escurría para venirme a casa a escribir esto otro, y el tranvía estaba tan repleto y la gente tan maloliente y cuando finalmente llegué aquí, a casa — ausente mi mujer — encontré todo hecho un desorden. Bueno, no pude escribir y quedé malhumorado. Perdía la mejor oportunidad, ausentes mi mujer y las criaturas y la casa tranquila. Salí a dar una vuelta. Creo que perdí un poco la cabeza. Regresé y escribí esa cosa que acabo de arrojar por la ventana.

Recuperó otra vez el buen humor.

— ¡Oh, bueno. . . mejor! Después de escribir esa tontería me inspiré y pude escribir este otro asunto, el real asunto que le mostré al principio sobre Chicago.

Me volví a casa y a la cama después de haber tropezado de este modo singular con otra muestra de esa clase de obras que — para bien o para mal — representa la verdadera vida de los habitantes de estos pueblos y ciudades — a veces en prosa, a veces en versos excitantes y llenos de color. Era una de esas cosas que Mr. Sandburg o Mr. Masters hubieran podido escribir un día caluroso después de un paseo nocturno por, digamos, la West Congress Street de Chicago.

El asunto de lo que pude leer giraba alrededor de una botella de leche agria, a medio llenar, entrevista a la luz de

la luna al borde de una ventana. Hubo luna temprano esa noche de Agosto, una delgada raya de luna dorada en el cielo. Lo que había ocurrido a mi amigo, el redactor de anuncios, era más o menos lo siguiente, imaginé, cuando, después de nuestra conversación, yacía insomne en mi cama.

Con seguridad ignoro si es cierto o no que todos los redactores de anuncios y los periodistas quieren ser literatos, pero Ed. lo era realmente. El día de Agosto que precedió a esa noche sofocante había sido duro para Ed. Todo el día anduvo impaciente por estar en su tranquilo departamento produciendo literatura, en lugar de sentado en una oficina redactando avisos. Al final de la tarde, cuando ya creía terminada su tarea llegó el jefe de redactores a ordenarle una página de anuncio de revista para una leche condensada.

— Tenemos oportunidad de obtener un nuevo cliente si la pegamos con un aviso que meta ruido, en seguida— dijo—. Siento tener que dárselo a usted con esta porquería de calor, Ed., pero tenemos apuro. Veremos si le queda algo del viejo ingenio. Ahora penetre hasta la médula del asunto y sáquenos algo ruidoso y original antes de irse.

Ed. trató de hacerlo. Desechó los pensamientos que le ocupaban sobre la belleza de la ciudad — la resplandeciente ciudad de las llanuras — y entró de lleno en el asunto. Pensó en la leche, leche para los niños, chicaguenses del futuro, leche que produciría un poco de crema para el café de la mañana de los redactores de anuncios, buena leche fresca para mantener robustos y fuertes a los hermanos y hermanas chicaguenses. Lo que realmente quería Ed. era el estímulo de alguna bebida helada, pero trataba de convencerse de que sólo quería un trago de leche, leche condensada y amarilla, leche tibia de las vacas que tenía su padre cuando él era niño. Su imaginación botó un barquito y zarpó en un mar de leche.

De estas divagaciones extrajo lo que se llama un anuncio original. El mar de leche que surcaba se transformó en una montaña de latas de leche condensada. Y esta fantasía le

inspiró la idea. Esbozó a grandes rasgos una imagen: vastos campos verdes ondulados y granjas blancas; vacas pastando en las colinas verdes y, a un lado del cuadro, un chico descalzo conduciendo por una senda un rebaño de vacas Jersey desde el campo hermoso hacia una especie de embudo en cuya extremidad había una lata de leche condensada. Sobre el dibujo puso el encabezamiento: «La salud y la frescura del campo de toda una región están condensadas en una lata de leche condensada Whitney-Wells». El jefe de redactores dijo que era un hallazgo.

Después Ed. se fué a su casa. Quiso ponerse a escribir inmediatamente sobre la belleza de la ciudad. Y no salió a comer, pero registró la heladera y encontrando un poco de carne fría se hizo un sandwich. También se sirvió un vaso de leche, pero resultó agria.

— ¡Al diablo! — dijo, y la arrojó al sumidero de la cocina.

Como me contó, después se sentó y trató de comenzar en seguida su famosa obra, pero no le salió nada. La última hora pasada en la oficina, el regreso en el tranvía caldeado y maloliente y el gusto de la leche agria en la boca le habían puesto los nervios de punta. Lo cierto es que Ed. es de una naturaleza más bien sensible y finamente equilibrada y eso lo había trastornado.

Salió a la calle y trató de meditar, pero su pensamiento no quiso detenerse donde él deseaba. Ed. es ahora hombre de unos cuarenta años y esa noche su espíritu retrocedió a la época de su juventud en la ciudad y se detuvo allí. Como otros muchachos que se hicieron hombres en Chicago había llegado a la ciudad desde una granja situada a orillas de un pueblo de las praderas y, como todos esos muchachos de los pueblos y de las granjas, había llegado lleno de vagos sueños.

¡Qué cosas había ansiado ser y hacer en Chicago! Lo que realmente hizo pueden imaginárselo. En primer lugar se casó; ahora vivía en ese departamento del Barrio Norte. Dar una pintura real de su vida durante los doce o quince

años que habían transcurrido desde su juventud exigiría escribir una novela y no es ese mi propósito.

De todos modos ya estaba en su cuarto, de vuelta del paseo; hacía calor y había silencio y no conseguía emprender su obra maestra. ¡Qué tranquilidad en el departamento con la ausencia de la mujer y de los hijos! Su pensamiento seguía detenido en la época de su juventud en la ciudad. Recordó una noche de su mocedad, en que había salido a dar un paseo, exactamente como en ese atardecer de Agosto. Entonces no le complicaban la vida mujer e hijos y vivía solo en su habitación, pero algo le había alterado los nervios esa noche también. Para calmar su desasosiego, esa noche de otros tiempos salió a pasear. Era verano y se dirigió primeramente a lo largo del río donde estaban cargando buques, y después a un parque lleno de gente, donde se paseaban parejas de jóvenes.

El espectáculo le tornó audaz y se puso a hablarle a una mujer que estaba sola en un banco. Ella le dejó sentarse a su lado y, porque estaba oscuro y ella silenciosa, él comenzó a charlar. La noche lo había puesto sentimental.

—Es tan difícil llegar hasta los seres humanos. Quisiera estar unido a alguno — dijo.

—¡Oh, salga de aquí! ¿Qué está haciendo? ¿A quien quiere enredar?— preguntó la mujer.

Ed. se levantó de un salto y se alejó. Entró en una larga calle bordeada de silenciosos edificios oscuros y se detuvo para mirar a su alrededor. Quería creer que habitaban en las casas de departamentos gentes que vivían vehementemente sus vidas, que tenían grandes sueños, que eran capaces de grandes aventuras. «En realidad, sólo están separadas de mí por paredes de ladrillo»— fué lo que se dijo esa noche.

Fué entonces cuando el tema de la botella de leche se apoderó de él por primera vez. Se dirigió a un pasaje adonde daban los fondos de las casas de departamentos. También esa noche era de luna; su luz caía sobre una larga fila de botellas a medio llenar, sobre los marcos de las ventanas.

Experimentó cierto malestar y se apresuró a salir del pasaje hasta la calle. Un hombre y una mujer pasaron delante suyo y se detuvieron a la entrada de uno de los edificios. Creyendo que eran amantes, se ocultó en la entrada de otra casa para oír su conversación.

Resultó que la pareja eran marido y mujer y estaban riñendo. Ed. oyó que la mujer decía:

—Entra. No me harás creer eso. Dices que vas a dar una vuelta, pero te conozco. Lo que quieres es ir a tirar la plata. Lo que me gustaría saber es por qué no me das un poco a mí.

Este es el relato de lo que le aconteció a Ed. cuando, en su juventud, salió a pasear una noche por la ciudad; y, cuando a los cuarenta años salió de su casa para soñar y meditar en la belleza de la ciudad, casi la misma cosa le ocurrió de nuevo. Quizás la composición del aviso para la leche condensada y el gusto de la leche agria que había sacado de la heladera, tienen algo que ver con su estado de ánimo; pero, de cualquier modo, las botellas de leche ocupaban su cerebro como el estribillo de una canción. Parecían burlarse de él desde las ventanas de todos los edificios en todas las calles y cuando se volvió a mirar a la gente, se encontró con las multitudes de los barrios Oeste y Noroeste que se dirigían al parque y al lago. A la cabeza de cada grupo iba una mujer con una botella de leche en la mano.

Por eso, volvió Ed. a su casa, esa noche de Agosto, furioso y trastornado, y furioso había escrito sobre su ciudad. Como la actriz cómica de mi propia casa quería hacer pedazos alguna cosa y como en su pensamiento sólo había botellas de leche, quería hacer pedazos las botellas de leche. «Puedo empuñar el cuello de una botella de leche. Se adapta tan bien a la mano. Puedo matar con ella a un hombre o a una mujer», pensó desesperado.

Escribió en este estado de ánimo, como ven, las cinco o seis páginas que yo había leído y después se sintió mejor. Entonces escribió sobre los edificios como fantasmas elevados

al cielo por las manos de un pueblo valiente y aventurero y sobre el río que corre por un cauce de oro hacia el Oeste infinito.

Como ustedes habrán comprendido inmediatamente, la ciudad descrita en su obra maestra era una ciudad sin vida pero la que, de modo extraño, pintó en las páginas sobre la botella de leche no podía olvidarse.

Asustaba un poco; pero allí estaba y, a despecho de la cólera o tal vez a causa de ella, una deliciosa cualidad lírica se había deslizado en el asunto. En esas pocas páginas garabateadas habíase operado el milagro. Fuí un tonto en no habérmelas metido en el bolsillo.

Cuando esa noche salí de su departamento las busqué en el oscuro pasaje del fondo, pero se habían perdido en un mar de basuras derramadas de una larga fila de cajones alineados al pie de la escalera de servicio de los departamentos.

Traducción de Héctor Meyer.

Jorge Zolot

Cántico del tiempo

*Transcurro solemnemente junto a la ola inválida,
como un centauro de oro, de aluminio o de níquel;
frente al rebaño suelto de la espuma que salta
como el eterno pulso de las sabias arcillas.*

*Transcurro tácitamente empañado de aromas,
próximo a los sepulcros de incommovible oído,
escuchando los pasos de las flores que crecen
como el llanto apretado de la noche de un crimen.*

*Transcurro verticalmente en un mástil devoto
encajado en la niebla que conduce hacia el frío,
sin más ropa que el alba desmayada en la bruma,
ni más fuego saliendo de los hornos antiguos.*

*Transcurro debidamente en mi rol de campana
con el blando sonido de su lengua verídica;
en la savia redonda de sus sienes históricas
más allá de la muerte y de sus turbios recintos.*

*Transcurro trágicamente apegado a los muros
de las tristes casonas con su fiel pergamino,
con mis ríos de fiebre, de aventura y de polen,
y mi sombra despierta como un pájaro herido.*

*Transcurro tempranamente azotado de dioses,
no más alto que un ave ni un cadalso benigno.
Sólo el mar con su queja de neptunos sonoros,
solamente la fuga de los cielos cautivos.*

*Es el tiempo — me digo — con su moho absoluto,
con sus hilos de plata silenciosos de música;
con sus hojas rompiéndose en el centro del pecho
y sus piedras lanzadas contra el agua marina.*

*Es el tiempo — repito — con su mano de nieve,
con su voz que se acaba como un débil granizo;
con sus venas de hielo penetrando las nubes
y las ciegas arañas de las plazas dormidas.*

Es el tiempo sin horas, laborioso, fecundo,

dominando la rueda de los años furtivos,
 sin las hondas del viento castigando a los árboles,
 ni la calma del padre que amanece en las islas.
 Es el tiempo sin ojos para ver a los huérfanos,
 a los niños jugando y a las viudas pacíficas;
 sin piedad para el alma que tiritaba en la carne,
 ni una dulce palabra para el hombre vencido.
 Es el tiempo sin vuelta, lentamente matando,
 sin amor y sin odio, sin dolor ni alegría,
 como un témpano sobrio circundado de cruces
 y mirando de cerca las oscuras orillas.
 Es el tiempo preciso con su número helado,
 con su sed implacable y su lógica fría;
 es la espada que llega con su sal resistente
 y se instala en la sangre con paciencia infinita.

Es el mundo sin llamas que sacude mis huesos
 con sus piernas holladas y su espejo de víboras;
 es el polvo incansable, despiadado y lloroso,
 que se incrusta en el cuerpo de los lánguidos lirios.
 Es el mármol que rueda con su peso de tumba
 y se adentra descalzo por los poros rendidos;
 es el bronce que gime, sin embargo, deforme,
 con su piel destrozada como un lento martirio.
 Es el ala del sueño que gravita en las losas
 con sus duras pestañas de escultura impasible;
 es la lluvia sin eco finamente cayendo
 como un pétalo tierno deshojado sin prisa.
 Es el ansia callada con su boca de otoño
 y sus dientes mordiendo la labor de los días;
 es la soga que arrastra los desvelos del canto
 y se cubre de luto para ahondar en la herida.
 Es el velo de seda que nos pone la muerte
 sobre el vidrio inmutable de los rostros marchitos;
 es la novia del musgo que se queda en nosotros
 para siempre de blanco como un tálamo virgen.

El estado, negación del hombre

Obligados por la evidencia a reconocer que en la historia el estado aparece juntamente con la escisión de la sociedad en clases, los ideólogos de la burguesía y del socialismo a la nazarena sostienen que *el estado es una expresión de la conciliación de clases: no de la opresión de una clase por otra o sea de que los antagonismos de clase son irreconciliables*. Y menos todavía se atreven con la conclusión obligada: *la abolición del dominio de una clase por otra implica la abolición del Estado*. La deformación de Kautsky — que es la adoptada por estos filósofos — es más sutil todavía. No se niega *teóricamente* que el estado es órgano de la dominación de clase, ni se niega que los antagonismos de clase son irreconciliables. Pero se deja de lado o se disimula otra cosa: si el estado es producto del carácter irreconciliable de los antagonismos de clase, si es una fuerza situada *sobre* la sociedad y que *gradualmente se va aislando de ella*, resulta evidente que la liberación de las clases oprimidas es imposible no sólo sin una revolución, *sino también sin la destrucción de la máquina estatal*, creada por las clases gobernantes, y que es la encarnación de ese mismo aislamiento.

Porque naturalmente siendo el estado un producto histórico, «un producto de la sociedad en un período determinado de su evolución» (la apropiación privada de los bienes comunes que engendró las clases, engendró el estado para mantenerlas), tendrá que desaparecer un día. «La sociedad que organizará de nuevo la producción sobre las bases de una asociación libre e igualitaria de los productores — dice Engels — transportará toda la máquina del estado allí donde desde entonces le corresponde tener su puesto: al museo de antigüedades junto al torno de hilar y el hacha de bronce.»

Lo que más infaliblemente distingue una mentalidad y una psique burguesas de una socialista es la incapacidad de aquélla para sentir y comprender que el estado es el órgano de dominación (dominación imposible si ese órgano faltase) de una ínfima clase parásita sobre una innumerable clase trabajadora, que la trágica escisión de la sociedad en clases debe ser superada bajo pena de la peor regresión.

La historia de todos los pueblos tiene un gran detalle común: el paso de la sociedad tribal — en que todos los miembros son iguales y los bienes comunes — a la sociedad de clases erigida sobre la propiedad privada. La distinción cardinal entre estos dos órdenes sociales, es que en el primero el derecho y el deber de armarse corresponde a todos los hombres aptos — el pueblo armado — y en el segundo se crea un poder público por encima de la población, constituido no sólo por una fuerza armada sino por las cárceles y todos los demás órganos de represión.

La creación de las instituciones armadas no nace de una necesidad técnica: pese a su complejidad, aun hoy sería posible la organización espontánea del pueblo en armas: pero eso no se hizo simplemente porque la protección de los privilegios de la clase parasitaria (los intereses de la propiedad privada), o, si queréis, las guerras de conquista externas y de represión internas, exigían rotundamente la creación de institutos armados especiales y permanentes. Y la prueba de que no hay una imposibilidad técnica de poner circunstancialmente a todo el pueblo en armas, la dieron la Revolución Francesa y la Comuna de París. Pero eso de armar directamente a todo el pueblo combatiente pone carne de gallina a todos los gobiernos de clase (así lo vemos hoy frente al *Elas* en Grecia, a los *maquis* en Francia y Bélgica), pues el peligro de reivindicación social es inminente: el primer paso del pueblo armado será tratar de romper la injusticia y la desigualdad tradicionales y los privilegios inicuos, acabar con la opresión de la clase parásita. El *ejército de la patria*, la *policía del estado*, harán todo lo contrario: aunque amasados con *carne* del pue-

blo les han insuflado el *espíritu* de la clase dominante y están dirigidos por jefes de esta misma a su arbitrio. Si cabe alguna duda al respecto recuérdese la opinión de dos de las mayores autoridades en la materia. Dice Maquiavelo, aleccionando al príncipe: «Pero como no puedes armar a todos tus súbditos, aquellos a quienes armas reciben realmente un favor de tí, y puedes obrar, entonces, más seguramente con respecto a los otros.» A lo cual Napoleón agrega: «Los grandes forjadores de la revolución francesa no querían armar realmente más que al pueblo. Los pocos nobles a quienes dejaron introducirse en su guardia nacional, no los asustaban; sabían bien que no tardarían en echarlos, y teniéndose el pueblo por el único favorecido, fué de ellos únicamente.»

Todo estado hasta hoy no ha sido del pueblo sino de una clase: el estado de los propietarios de esclavos, el estado de los propietarios de feudos, el estado de los propietarios capitalistas. Cuando el estado, con la conquista proletaria del poder, sea de todo el pueblo, habrá comenzado a desaparecer, pues no responderá ya a ninguna necesidad social.

Insistamos sobre estos dos detalles decisivos: 1.º el estado, expresión de la dominación de clases, sólo desaparecerá con el triunfo de la revolución proletaria o supresión de clases; 2.º la evolución histórica no amengua sino el carácter opresivo y extorsivo del estado: en el republicanismo burgués, que no despierta el odio popular, la riqueza privada (burguesía) aliada al poder público (estado), alcanza su más diabólico poder de dominación y extorsión. Ciertamente, la democracia burguesa — Estados Unidos, Francia, Inglaterra — es el paraíso del capitalismo, esto es, el más magistral sistema de explotación conocido en la historia. No puede ser de otro modo. «No tenemos el derecho de olvidar, dijo Lenin en vísperas de la revolución de Octubre, que aun la más democrática de las repúblicas burguesas se basa en la esclavitud del pueblo a las cadenas del salariado.»

El estado capitalista tiene dos instituciones próceres: la burocracia civil y la burocracia militar, y ambas se carac-

terizan, de un lado, por colocar a sus miembros fuera y por encima de la masa del pueblo; del otro, por tornarse progresivamente más invasores y devorantes...

Pero aun condenado por el proceso histórico, el estado no desaparecerá espontáneamente. El estado, organización de la violencia por la clase poseyente para inveterar la condición de la desposeída, debe convertirse temporariamente en órgano de ejecución de la clase trabajadora para destruir a la clase parásita e instaurar el régimen sin clases. Los explotados precisan transitoriamente el dominio político para abolir la explotación: es decir, la función del estado proletario es liquidar el estado, liquidarse a sí mismo... (La gigantesca trampa del stalinismo es ofrecer como proletaria la dictadura burocrática que enterró a la Revolución de Octubre.)

Cuando se dice que el eje de la doctrina marxista es la lucha de clases, se miente sin saberlo. Marx ha renunciado expresamente al honor — que corresponde a historiadores y economistas burgueses — de ser el descubridor de la lucha de clases, pero reclamó para sí el columbramiento de algo más agudo: que la lucha de clases llevará a la dictadura del proletariado y que ésta era sólo un tránsito hacia la supresión de las clases, esto es, la sociedad sin clases. (Si el filisteo liberal o socialista se hace cruces ante la idea de la dictadura obrera, es porque las legañas de la costumbre no le dejan ver que eso que él llama *democracia* no es más que la *dictadura permanente* de la burguesía.) La dictadura del trabajo tiene por fin específico «romper el aparato burocrático y militar del estado», esto es, liquidar al estado mismo.

La eunuquizada imaginación del filisteo suele formularse una pregunta escalofriante (que corresponde a aquélla: ¿cómo podrá sostenerse una sociedad sin esclavos?, de los antiguos) y que dice: ¿cómo podrá sostenerse una sociedad sin estado?— esto es, sin ejército permanente, sin policía, sin burguesía, sin casta judicial y clerical?

Mejor que todos los sociólogos la respuesta la dió en 1871 la *Comuna* de París, reemplazando al ejército permanente por

el pueblo armado — privando a la policía de todo carácter político y convirtiéndola en órgano responsable de la Comuna —, sustituyendo al ejecutivo y al parlamento por una comuna integrada por representantes elegidos popularmente, responsables y revocables en cualquier momento — anulando el formidable poder de explotación espiritual del clero — y (*the last but not the least*) reduciendo la fastuosa escala de los sueldos burocráticos al rasero del jornal proletario.

La clave del misterio intangible está en las manos: «puesto que la mayoría de la población aplasta ella misma a sus opresores, deja de ser necesaria una fuerza especial de opresión.» Esto es, el estado comienza a desarticularse paulatinamente y el camino hacia la expropiación de los expropiadores, esto es, hacia la verdadera emancipación económica y espiritual, está abierto.

Recapitulemos. Ante el pensamiento moderno más independiente y clarividente el estado aparece como una forma histórica irremediamente caduca y cuya caída no sólo está próxima, sino que ella es el *sine qua non* de la abolición de las clases, esto es, de la milenaria opresión social. Y bien; esa visión no es privativa del marxismo: corresponde también a la escuela anarquista y a los pensadores más responsables del sentido moderno de nuestra época.

He aquí una minúscula antología: «Esa excrecencia parasitaria llamada estado, que se nutre de los jugos de la sociedad y que detiene el libre desenvolvimiento de la misma.» (*Marx*) «El estado no es más que una máquina para el aplastamiento de una clase por otra. En el mejor de los casos el estado es un mal que hereda el proletariado... El proletariado triunfante se verá obligado, como en la *Comuna*, a cercenar las porciones peores de este organismo, hasta que las generaciones educadas en condiciones sociales nuevas y libres se hallen en situación de arrojar a la basura ese viejo armatoste del estado.» (*Engels*) «Estado se llama el más frío de los monstruos. Miente también fríamente y he aquí la mentira rastrera que sale de su boca: yo, el estado, soy el pueblo.» (*Nietzsche*)

«¿Cómo llegó Rusia a ser tan poderosa? Transformando sus individuos en un concepto político geográfico. Tome usted, al contrario, la nación más aristocrática, la judía. ¿Cómo logró mantener su individualidad pese a la truculencia del mundo ambiente? Por la falta de carga del estado.» (*Ibsen*) «La sociedad es el resultado de nuestras necesidades; el gobierno, el de nuestra corrupción.» (*Tomás Paine*) «El mejor gobierno es el que gobierna menos.» (*Jefferson*) «El mejor gobierno es el que no gobierna en modo alguno.» (*Thoreau*) «El concepto económico del capital, el pensamiento político del estado y la interpretación teológica de la iglesia son representaciones idénticas que se complementan y funden una en otra... Esta trinidad del absolutismo es tan funesta en la práctica como en la filosofía.» (*Proudhon*) «¿Qué sátira sobre el gobierno puede igualar a la severidad de la censura que implica la palabra *política*, sinónimo secular de *engaño*, lo que equivale a decir que el estado es una mistificación?» (*Emerson*) «Donde acaba el estado comienza el hombre.» (*Brandes*)

Tadeo Boy-Zelenski

Jules Vallès y su trilogía*

(DE «NOWE WIDNOKREGI», MOSCÚ)

Entre los historiadores de la literatura no había merced para Jules Vallès. Hasta los últimos años y ni siquiera en las obras más voluminosas, se encuentra su nombre. La causa de ello puede hallarse no sólo en la habitual negligencia con que los compendios de literatura renuevan su repertorio. El nombre y la persona de Vallès están estrechamente ligados con la Comuna de París y el recuerdo de la Comuna hubo de ser durante largo tiempo el espantajo para la burguesía de la Tercera República. Aparte del destierro de diez años de duración, Vallès hubo de expiar su participación en los sucesos del año 1871 con aquel silencio que por largo tiempo cubrió su nombre.

Precisamente el suyo. Porque, en realidad, fué Vallès el único escritor que tomó parte activa en los acontecimientos. La participación de Rimbaud en la Comuna es más bien una leyenda literaria. Aún cuando Arturo Rimbaud, de dieciséis años, se dirigiera a pie a París, al llegarle la nueva del estallido de la Comuna, queda por comprobar si había llegado a esa ciudad. Verlaine — autor de un poema bastante flojo, dedicado a la Comuna — parece más bien extraviado en ella; no se le vé muy claro al poeta en su papel de «jefe de la oficina

* Jules Vallès (1832-1885), destacado escritor y publicista francés, comenzó temprano su actividad política. En Diciembre de 1851 tomaba parte en las luchas por la defensa de la república. Después de la caída de ésta participó en la conspiración republicana contra el Segundo Imperio. En vísperas de la Comuna, como comandante de un batallón de la guardia nacional, tomó parte en las luchas contra el gobierno de defensa nacional, particularmente en la insurrección del 31 de Octubre de 1870. Después de la revolución del 18 de Marzo, Vallès era miembro de la Comuna y uno de los participantes más activos de la Comisión Educacional. Fué miembro de la Internacional, ideológicamente próximo al socialismo pequeño-burgués de Proudhon. Su órgano, el *Cri du peuple*, ostentaba en el período de la Comuna una posición conciliadora entre los proudhonistas y los blanquistas. Después de la caída de la Comuna huyó a Londres y fué condenado a muerte en rebeldía. Al promulgarse la amnistía, en 1880, regresó a París, continuando la actividad de publicista. (N. del A.)

de prensa» (Goncourt, *Journal*, IV); tanto más fantásticas parecen las confesiones del propio Verlaine (*ibid*), de que a él se le debiese la salvación de Nôtre Dame, ¡condenada a la demolición por un decreto proyectado! Vallès, en cambio, está ligado con la Comuna del modo más estrecho; la había preparado, tomó parte en su gobierno. Toda su vida es como una espera de ese hecho. La relación es netamente personal; es el resultado no sólo de ideas o teorías político-sociales, sino como un desquite sentimental por su propia vida, su propia juventud. Vallès mismo nos contará qué clase de vida, y sobre todo, qué clase de juventud fueron las suyas. La obra de Vallès que perduró en la literatura, es su trilogía, estrictamente autobiográfica, *Jacques Vingtras*.

El ostracismo de Vallès tuvo, posiblemente, otra causa todavía. Su novela autobiográfica, ante todo su primera parte, saca a relucir el ambiente en el que se había educado, la propia familia del escritor, y lo hace con una sinceridad brutal e implacable, chocante incluso en la época del naturalismo batallador. El naturalismo operaba con una ficción documentada; la novela de Vallès resumaba autenticidad, verdad viviente. De nuevo el *Diario* de los Goncourt nos suministra un documento insospechable de la reacción que hubo de provocar la primera parte de la trilogía (*L'Enfant*), cuando apareció en forma de libro en 1879. En la misma fecha anota E. Goncourt: «Horroroso, repulsivo, este nuevo libro de Vallès. Hasta ahora la madre era sagrada; hasta ahora era venerada por el hijo salido de su seno. Hoy, se terminó en la literatura la religión de la maternidad; comienza la rebelión contra ella. Vingtras: he aquí el símbolo de nuestros tiempos.»

Al señalar que Goncourt no era hombre apocado, temeroso de la audacia en la literatura; que él mismo era considerado adalid del naturalismo; que, en fin, lo dicho no lo era para el público, sino que se trataba de una simple anotación en un diario íntimo, podremos apreciar cuál sería la reacción de un consumidor o crítico común. El mismo Goncourt,

a pesar de la severa opinión que le había merecido el libro de Vallès, introdujo en el testamento el nombre de su autor en la lista de la academia que proyectaba fundar, compuesta de diez escritores. Es más: le mantuvo en esa lista a pesar de la muy desdeñosa posición¹ de Vallès frente a esa distinción. Pero no todos supieron elevarse a tamaña imparcialidad. Un eco parecido, aunque más suave, del libro de Vallès, lo hallaremos en la correspondencia de Flaubert, que, con fecha del 13 de Junio de 1880, escribe a una amiga:

«La autobiografía de Vallès (*Jacques Vingtras*) es cosa hecha con talento. ¡Pobre hombre! Se comprende su bilis. Sea como sea, es un tipo desagradable; prefiero la correspondencia de Berlioz.»

Pese al desagrado que despertaba, el libro perduró. Sobre todo la primera parte de la trilogía es casi una obra maestra de la literatura; la última, a partir de la mitad del tomo, se convierte en un diario de la Comuna, vista con los ojos de su participante de detrás de las barricadas. Por todas estas razones creo que el libro de Vallès merece hoy día ser mirado más de cerca.

De Vallès, de su vida y de su libro, puede hablarse a la vez. Sus contornos principales se cubren. Así que hablaré de ellos de este modo, señalando los momentos en que se produce alguna desviación. Y si el autor, en el momento de estallar la Comuna, ve en ella, aparte de todo, también una venganza de su niñez, merece la pena conocer esa infancia, tanto más que esta parte de la trilogía brilla con talento y audacia de visión.

Jules Vallès nació en 1832 en Puy, hijo de un profesor de instituto. Su padre era hijo de campesino; destinado al principio a ser cura, se inclinó más tarde al profesorado. Las ambiciones universitarias le fallaron y todo se redujo a enseñar a los niños en los cursos inferiores de los colegios pro-

¹ «¿Cómo?—dijo, al parecer, Vallès, y sus palabras recorrieron la prensa—¿Goncourt establece un premio para el servilismo? ¿Añade su propio manojito de paja a la cola de los sementales de pura sangre, desviriliza, castra a los bravos? ¿Qué fundación será esa sino una cola dorada de una opinión rancia y senil?» (N. del A.)

vinciales. La preocupación por la existencia de una familia cada vez más numerosa forma el carácter del profesor de un modo bastante sintomático: el maestro se gana mediante la severidad una reputación de «fiera» para obligar a los alumnos a dar con él clases particulares pagadas. Amargado, fatigado, desdeñado por sus superiores, odiado por los alumnos y odiándoles en reciprocidad, descarga en el hogar, sobre todo en su primogénito, los desengaños de su vida y su complejo de inferioridad en la sociedad burguesa.

El punto flaco de aquel hogar era la madre, una mujer no del todo mala, pero fuera de su papel. Llegada directamente del pueblo, muchacha sencilla, se convirtió en «la profesora», dama de sombrero, y el propio sombrero (amarillo, adornado con dos pajaritos disecados besándose), los peregrinos vestidos de corte propio, los modales y el lenguaje, la convierten en el hazmerreir de las casas donde la señora del catedrático toma asiento en el diván. Había perdido la sencillez de la aldea sin haber asimilado las formas ni las costumbres de la burguesía; no encuentra su sitio; agresiva, histérica, suspicaz, celosa (no sin razón) de su marido, en eterna guerra con los vecinos, con los sirvientes, ella también descarga sus nervios en el niño. Julito es el hijo mayor («... soy el hijo primogénito de esta unión bienaventurada. Llegué al mundo en una cama de madera, en la que había chinches de la aldea y pulgas del seminario.»...), pero no el único; son siete. Vapuleado desde chico — ¡y de qué modo! — por la madre a diario, por el padre los días de fiesta, humillado, oprimido, ahogados todos sus deseos, aún los más inocentes, y todas sus esperanzas de distraerse, es, en realidad, un pobre niño. Tanto más que, a pesar de todo, el pequeño quiere a sus padres y le bastaría un poco de bondad para sentirse feliz. Tiene la mejor voluntad, las mejores intenciones. Pero sufre atrocemente en esa casa. Sufre también por las pequeñeces que para un niño tienen una importancia enorme. ¡Aquellos trajes «crecederos», confeccionados de las viejas, monstruosas faldas maternas! Sufre en su ambición; cuando

va a la escuela, cuando está en la clase de su padre, oye lo que dicen de él sus condiscípulos, cómo le detestan, cómo se burlan de él; ve que su madre es objeto de risas y mofas en toda la ciudad, y sufre, oh, cuánto sufre.

Sufre también en la escuela. Aquella época adolece de una terrible hipertrofia de la educación clásica: conjugar, declinar, fabricar versos latinos después, remedar las arengas de los héroes griegos, he aquí la base de la enseñanza. El muchacho es muy listo, lo hace a la perfección, recibe los primeros premios por los versos latinos, pero no puede hallar en sí ni una pizca de afición por eso, comprender para qué es todo aquello. No tiene un adarme de sentimiento de «belleza clásica». «Todo este latín y griego me parecen ridículos y bárbaros, me hincho de ellos, los trago como quien traga basura»... Detesta a la escuela, cuyos muros parecen los de una cárcel; detesta a esa educación en la que a cada rato se le revelan las desigualdades sociales, el favorecimiento de los ricos, la sumisión y humillación de los indigentes. El mismo sería de lo más dichoso si se le permitiese ir a la aldea, ser campesino como sus parientes, a los que mira con envidia toda la vida, o artesano: observa con deleite el trabajo del zapatero, tan agradable y sensato si se lo compara con el repugnante «clasicismo». Pero, como si fuese aposta, llueven sobre él todos los premios; en cierta ocasión le dieron hasta tres de ellos. Y como quiera que cada premio iba acompañado de su corona de laurel, le plantaron al rapaz tres coronas en la cabeza; así adornado, entre las risas de los presentes y berreando de vergüenza, recorrió las calles de la ciudad camino de su casa.

A veces llegan desdichas nuevas, inesperadas. La señora de Vingtras decidió que a su hijo le hacían falta lecciones de buenos modales, e iba a proporcionárselas un ex-soldado, borrachín, que pegaba a su mujer, pero nadaba como un pez; había salvado del agua a un inspector de la enseñanza, por lo cual le fueron confiadas las clases de baile. Las consecuencias de esta enseñanza de modales, presentadas por el muchacho en una gran recepción, fueron, al parecer, catastróficas.

Eso ocurrió ya en Nantes. Pues en el año 1845 le trasladaron al padre a Nantes. ¡Cuánto odiará Vallès esa Nantes — principalmente por la decepción que le causó al muchacho de trece años! Con Nantes — un puerto — ligaba Julito grandes esperanzas: meterse clandestinamente en un barco, en el entrepuente, salir sólo en alta mar, aplacar al capitán y ¡hala! al extremo del mundo, donde no hay casa ni escuela. ¡Qué decepción! Nantes está bastante lejos del mar, el puerto lo es de un río navegable, de pequeño comercio, sucio, triste, sin una sombra de poesía romántica.

Y así transcurre la vida del chico con sus pequeños sucesos de cada día. Asombra incluso que el autor de la trilogía *Jacques Vingtras* se limite exclusivamente a los hechos domésticos y escolares. Pues en esa prosaica Nantes le sorprendieron al joven Vallès grandiosos acontecimientos. El año 1848, los ecos de la revolución, de los sucesos ocurridos en París. Julito tiene 15 años a la sazón. Sabemos de otras fuentes que había tomado parte activa en los sucesos de Febrero — a su manera escolar. Por primera vez se le presenta la cuestión social, la que entiende sentimentalmente, a lo pueril, con sencillez. Algo de esa posición volveremos a hallar en él también más tarde.

El plantar un árbol de la libertad, el raspar la palabra «Royale» de una placa en la plaza mayor — ¡cuántas emociones! ¡Y la visita del representante de la República en la escuela, y toda esa nueva fraseología republicana!

Cuando uno de los alumnos fundó el «Club Republicano», al cual el pequeño Vallès no fué admitido (seguramente por razones de edad), éste irrumpió en la asamblea (lo sabemos no de él mismo, sino de memorias ajenas), tumbó al juvenil presidente y, elegido en su lugar, hizo aprobar una moción exigiendo la abolición radical del bachillerato, de toda clase de exámenes y certificados (por estar reñidos con la idea de la igualdad); una moción llena de violentos acuerdos contra los profesores, los preceptores, la disciplina escolar y los internados. El principio de libertad absoluta para los alumnos.

Al enterarse de los sucesos de Junio, Vallès piensa marchar a París, a la cabeza de diez condiscípulos; desde Febrero hasta Junio es el caudillo de los pequeños republicanos. Todo eso falta en su libro. No habrá querido, tal vez, estropear el cuadro de la vida doméstica, interrumpir las confesiones y las peticiones, cuánto más importantes para él en aquella época. ¡No era en el régimen del Estado donde cabía entonces el problema de su libertad! Ya les llegará el turno a las cuestiones públicas. Cada parte de la trilogía tiene su dedicatoria que expresa sus intenciones. La del primer tomo reza: «A todos aquéllos que reventaban de tedio en la escuela o derramaban lágrimas en su casa; a aquéllos tiranizados por los maestros o torturados por los padres en su niñez, a todos ellos les dedico este libro.» He aquí el marco ¡cuán cabalmente relleno!

Un pequeño escándalo erótico, cuyo héroe, semi-involuntario, fué el adolescente, constituyó el motivo para enviar al joven Vallès — o Vingtras — a París. Parecería un paraíso — ¡París después de Nantes! Pero sólo se trataba de un cambio de prisión. Entregado a un internado particular con rebaja — por la cual se venga la administración infligiéndole al muchacho cotidianas humillaciones —, admitido en la esperanza de que el alumno «mejore la estadística» con exámenes brillantes, Vallès decepciona en ese sentido; lo mandan de vuelta a Nantes. ¿Impresiones de París? Sujeto bajo llave, con raras salidas sin un céntimo en el bolsillo, con un ridículo trajecito de industria materna — pues hasta allí le sigue el recuerdo del hogar — no sacó de París sino nuevos agravios. De regreso a casa, el muchacho, al que comienza a apuntar el bozo, soporta la esclavitud con creciente dificultad. La madre no le pega ya — el chico es ya demasiado grande, demasiado fuerte —; eso es ya del dominio paterno. Una tras otra estallan tormentas terribles. Cuando el joven, agobiado por el tedio y también para ganar algún dinero, quiere dar clases baratas, el padre le prohíbe la competencia desleal, la rebaja de la tarifa. A la amenaza de huir, responde con

la de los gendarmes, en lo cual le amparaba la ley. Y sin embargo el hijo quiere a ese padre. Cuando en cierta ocasión después de alguna tormenta escolar, un alumno mayor penetró en la casa de los Vallès para maltratar al odiado maestro, el joven Vallès se batirá en duelo por el honor de su padre. Recibirá una estocada en el muslo, con la cual sufrió, de paso, también el pantalón. «Otra vez ponte, al menos, un pantalón viejo», le dirá la afligida madre. Pero nuevamente hay que mandar al muchacho a París, esta vez con economía propia, asignándosele 40 francos mensuales. Ello, aparte del lavado de ropa en casa y — ¡horror! — del consabido ropaje hecho con los vestidos maternos.

En París entra el muchacho en un ambiente preñado de acontecimientos políticos. Es el año 1851 — justamente antes del golpe de Estado. Vallès es un republicano decidido, querría entrar en acción, pero en el momento decisivo no logra vencer la inercia de los compañeros que, junto con él, conspiran en el «Comité de Jóvenes». Vallès — Vingtras — pasa inútilmente tres noches de Diciembre en vela, bajo frío, pilla un reuma en un brazo y se hace sospechoso a la policía vigilante.

Pero también el hogar da señales de vida. Alguien había visto a Vallès con el brazo inerte; a Nantes llega la noticia de que fué herido en los sucesos. Esto puede costarle al padre su empleo; hay que traer al hijo a Nantes inmediatamente, demostrarle a todo el mundo que no hay tal herida.

Y el joven vuelve. Es menester aprobar de una vez el bachillerato que en París había sido desplazado por la política. Lo hará pronto — en el año 1852. Por el momento, empero, las relaciones domésticas están más tirantes que nunca. El padre y el hijo — ese hijo comprometedor y peligroso — se están mirando como dos enemigos. Y aquí ocurre un hecho, largo tiempo ignorado por aquellos que emitían juicios sobre Vallès. Se le ha reprochado al escritor el haber dicho de su casa mucho más de lo que se debe decir; hoy día sabemos cuánto se había callado, cómo había suavizado los colores del cuadro.

Vallès recuerda, de pasada, la historia del profesor cuyo hijo lanzó públicamente el grito: «¡Abajo el dictador!»

«¿Qué hace el padre? Dice que el hijo ha debido volverse loco y le mete en un manicomio. Al cabo de dos meses le sueltan, pero la noticia de su demencia había conmovido a su hermana hasta el punto de caer enferma, al parecer mortalmente.»

La aventura no es de un compañero sino suya propia. Conocemos sus documentos.¹ Fué el padre de Vallès quien consiguió la opinión del médico de cabecera, con cuya ayuda recluyó al hijo en una casa de orates. Dos días más tarde el médico del establecimiento emitió su diagnóstico, comprobando una inteligencia retardada, alucinaciones, tendencias suicidas, síntomas de una enfermedad mental orgánica — estado que requería cuidados especiales y la reclusión en un manicomio.

Dos meses y dos días pasó Vallès allí — excitado, pero sano de espíritu — en compañía de locos; le soltaron a consecuencia de la intervención de los compañeros de París, que, enterados del asunto, amenazaron al padre de Vallès con un escándalo.

Tales fueron la infancia y la mocedad del futuro escritor. Si en algo pudiéramos reprocharle una deformación de la realidad, sería en la presentación cuantitativa de la composición de la familia. Sólo nombra a la hermana del joven Vingtras, cuando en verdad hubo siete Vallesitos, lo que acaso sirva de atenuante para los padres; tratándose de un hijo único, esa educación tendría demasiado sabor a degeneración patológica de tacañería y sadismo.

I I

El segundo tomo de la trilogía lleva el título *Le Bachelier*. El «bachiller» de hoy no refleja del todo el contenido de aquel título; el «bachiller» francés de entonces era algo más en

¹ Los publicó el Dr. Béron en la *Nouvelle Revue*, 15-XII-1918. (J. Thierscelin: Jules Vallès à Nantes, *Mercur de France*, 15-VI-1932.) (N. del A.)

general, y más especializado. Era un clásico con todas las de la ley, experto en latín y en griego, sobre los cuales se elevaba el edificio de la ciencia de entonces. Si un «bachiller» de aquellos no abrazaba la carrera de profesor, si traicionaba su destino, entonces resultaba que no servía para nada absolutamente. Era bueno quizás para buscarse clases particulares a bajo precio. No tenía ninguna preparación práctica para la vida, y el título de «bachiller» le servía de estorbo antes que ayudarle; para la gente de profesiones prácticas significaba más o menos tanto como «mentecato con pretensiones». De modo que Vallès dedica este segundo tomo «a aquellos que, alimentados con el griego y el latín, murieron de hambre». Le aconteció a él mismo encontrar en una calle de París a un mendigo que ostentaba el título de «bachelier», incluso con premios.

Vallès no quiere seguir el camino regular, el de la carrera, que con el ejemplo cotidiano del padre se le había hecho odiosa; no quiere ser de joven aquel «pion», vigilante y verdugo de los niños, durmiendo en una jaula dentro del dormitorio común, espía odiado, expuesto a las venganzas de los chicos y vengándose a su vez de ellos; no quiere empaparse del servilismo paterno ni temblar ante el inspector; no quiere, sobre todo, prestar juramento al odiado gobierno, al usurpador que le robó su libertad a Francia. Tiene asegurados de su casa 40 francos mensuales (los compró, cediéndole al padre — bajo condiciones usurarias — el capital de una pequeña herencia que, como menor de edad, no tenía derecho de cobrar); así va a París con la esperanza de ganarse el resto con esfuerzo propio.

Uno de los libros característicos de Vallès será más tarde (1865) el tomo de su *Les Réfractaires* (algo intermedio entre «rebeldes» y «descarriados»). En ese libro dará un ciclo de estampas de aquella bohemia de los «bacheliers» sublevados, iguales a él, con los cuales se juntaba. Es una bohemia adusta, mucho más adusta que la de los artistas y de su miseria frecuentemente desesperada. Aquella tiene al menos el brillo

de la poesía, del arte, y siempre la ilumina alguna esperanza de un súbito cambio de fortuna; aquí no hay nada de ello. Miseria a medias o miseria completa — sin esperanza por ningún lado. Y ¡ay de aquél que, al quedar momentáneamente sin clases, vende su último par de botas o su última camisa para poder almorzar! Entonces ha enterrado todas las posibilidades: un intelectual sin camisa no encontrará trabajo, y sin trabajo no podrá rescatar la camisa; un círculo vicioso. Sólo muy pocos — Vallès describe también a esos — sabrán amoldarse a esa clase de vida, aprovechar todos los medios secretos de la urbe millonaria y el conocimiento de su fauna de imbéciles. Esos saben vivir, y no del todo mal, caballeros de las diversas industrias intelectuales. Y si el mismo Vallès, habiendo pasado por todas las etapas de la miseria parisiense, supo salirse de ella, fué sólo porque en ese «bachelier» había un pedazo de escritor, de artista. Y, sobre todo, una pasión, un deseo de venganza. «Me las pagarás todas, sociedad estúpida... no perderás con la demora. Afilaré el arma que ha de desangrarte...» «¿Cuándo serán quemados el código y los colegios?!» — exclama en otro lugar.

Aquella vida y aquel ambiente forman el contenido del segundo tomo de la trilogía. Vallès había probado diversas profesiones. Trabajó, entre otras, en la confección de un diccionario, a céntimo la línea y con la obligación de citar ejemplos de los clásicos. Para mayor prisa, para conseguir más céntimos por día, y también por broma, Vallès, en lugar de buscarlos en los libros, inventaba esos ejemplos; ¡llegó a una maestría particular en la imitación de Bossuet! Escribía también canciones, versos satíricos por encargo, prospectos, de todo.

Digámoslo de primera intención: artísticamente este tomo está por debajo del anterior. Allí tuvimos la autenticidad¹ emocionante de los recuerdos; la vida del niño

¹ Los recuerdos de Vallès, los relatos que hizo de sus profesores y de otros, fueron confrontados con otras memorias de los mismos años y de la misma escuela, pudiendo comprobarse su veracidad (L. Villat: *Jules Vallès a Nantes, Mercure de France*, 1.º de Junio de 1932.) (N. del A.)

vista casi día a día; aquí la película de unos cuantos años de existencia parisiense va pasando con un ritmo arbitrario, ora demasiado de prisa, ora con demasiada lentitud, adornada con reminiscencias bohemias al estilo de Murger (a pesar de que el libro de Vallès quiere ser la negación de aquél); más de un episodio tiene ya sabor a literatura, y no a la mejor, precisamente. Todo el rico período de la maduración del adolescente, de su formación espiritual, su crecimiento como escritor, es tratado de un modo extrañamente somero, mientras que las aventuras fútiles, de dudosa autenticidad, toman proporciones excesivas en esa «Dichtung und Wahrheit», en la que «Dichtung» significa más bien invención que poesía. Pero de vez en vez, sobre todo cuando nos llega de nuevo el aire familiar de la casa de Vallès, el libro recobra los acentos de una verdad sobrecogedora. A esos momentos pertenece la separación de sus padres a raíz de un amor tardío del viejo Vallès, la destrucción del hogar, la pétrea desesperación de la madre, luego la muerte y el entierro del padre. Y son esos momentos, cuando brota a la superficie una especie de profunda solidaridad familiar, cuando sentimos que, a pesar de todo, aquellos padres terribles querían al hijo y que éste les quería a ellos, los que con gran arte suavizan hacia atrás la crueldad grotesca del infierno doméstico del primer tomo.

Vallès es muy desigual; existe como escritor sólo cuando siente, y eso violentamente. Reacciona ante la realidad con todos los sentidos y más bien con los reflejos del intelecto que con su funcionamiento consecuente. Así es también su llegada al socialismo, a la futura Comuna. En sus confesiones no encontraremos ningún rastro de contactos con el socialismo científico, ningún fundamento teórico; cuando menciona la lectura de Proudhon (cuya «Voix du peuple» compra con el corazón palpitante) será para anotar que «el estilo de Proudhon arroja llamas, juega como el sol en los cristales; tengo la sensación de ver asomarse a través de las líneas impresas, la punta chispeante de una bayoneta». Le

palpita asimismo el corazón cuando se dirige a la conferencia de Michelet, adorado por la juventud radical; el momento en que a Michelet le privaron de su cátedra, la acción de la juventud, ocupan un lugar considerable en el libro de Vallès. Y he aquí su confesión de fe, cuán significativa:

«¿Por qué habré deseado yo la lucha y lo que la victoria habría de darnos? ¿Lo sé realmente? No del todo. Pero sé que mi lugar está en este lado, donde cundirá el grito: «Viva la república democrática socialista!» En este lado estarán todos los hijos injustamente torturados por los padres, todos los alumnos sangrientamente humillados por los maestros, los maestros ofendidos por los directores, ¡todos aquéllos a los que la injusticia obligaba a morirse de hambre!...»

Veremos que Vallès jamás habrá de salirse del todo de este círculo de pensamiento social. Hay quizás un instinto en esta limitación. Goncourt observa que Vallès cuida de su amargura, la educa, ostenta y aviva, comprendiendo que si la perdiese, sería como un tenor privado de su nota alta.

Dejemos por un momento a Vingtras para registrar los primeros éxitos literarios del propio Vallès, sobre la base de su autobiografía. Agobiado por la miseria, habiendo aceptado, muy a pesar suyo, la plaza de preceptor en el liceo de Caen, Vallès regresa de allí al cabo de ocho meses, trayendo un libro inesperado, titulado *Dinero*, escrito «por un literato que se metió a agente de Bolsa». El libro apareció en 1857 — su autor tenía 25 años. Era un panfleto dirigido en contra de las esferas financieras, contra el dinero. El libro llama la atención. El diario *Figaro* publica grandes extractos de él. Un año más tarde Vallès es ya colaborador del *Figaro* y durante diez años — si bien con interrupciones — trabaja en dos periódicos — *Figaro* y *L'Evenement* — editados por el entonces poderoso traficante del pensamiento, Villesessant. Comienza con un ciclo de folletines: *Figaro en la Bolsa*.

La pluma de Vallès, la violencia de su estilo, le ganan rápidamente gran reputación. Pero este colaborador suele

ser tan incómodo como peligroso para los demás redactores. No reconoce compromisos y puede, con la censura de entonces, severa y suspicaz, exponer al diario a una multa o una suspensión. Le cumplimentan por su talento, le felicitan por el brío, pero están reservados con él. Perdida la paciencia, Vallès sueña con una publicación propia. En efecto, el 1.º de Junio de 1867 aparece *La Rue*, semanario con el subtítulo «Paris pittoresque et populaire». Redactor-Jefe: Jules Vallès; como redactores figuran, entre otros, Zola, Edmond y Jules Goncourt, Léon Cladel; como dibujantes A. Gill, Rops, Courbet. La revista fué suspendida a los ocho meses; su título llegó a ser el título del libro de Vallès, constituido por una colección de sus artículos.

Aun conservando la línea general de *Vingtras*, Vallès agrupa las etapas de ese camino con algunas diferencias, pero encontraremos en él, briosamente trazadas, las siluetas de Girardin, Villesessant y de otros potentados de la prensa.

I I I

Se aproxima el año 1870. Vallès pinta en sus memorias el ambiente popular de París, que parece ya como minado por la futura derrota del Imperio y como olfateando su caída. El entierro de Víctor Noir, periodista muerto por una bala del príncipe Napoleón, la actitud del París obrero, todo ello vive en las páginas del libro. Al comenzar la guerra, en Agosto de 1870, Vallès cae preso; la proclamación de la república le pone en libertad. Se arroja en el torbellino de los acontecimientos; funda la revista *Cri du peuple*; y espera, espera su día!

El tercer tomo de la trilogía, titulado *L'Insurgé*, está dedicado a la historia de la Comuna. También este tomo tiene su dedicatoria: «A todos aquéllos que, víctimas de la injusticia social, tomaron las armas en contra de un mundo mal organizado, fundando, bajo el estandarte de la Comuna, la gran federación de la miseria — dedico este libro.» Una

mitad del tomo está llena de ecos de la guerra, del sitio de París, de preparativos subterráneos, de la maduración del ambiente. Por fin, llega el 18 de Marzo de 1871. Comienza la cosa. Un regimiento de línea se pasa al pueblo. Un general es muerto por la multitud, otro es conducido a la pared. Tales son las nuevas que le traen a Vallès, sus compañeros. Oigámosle a él mismo, escuchemos la exclamación que se escapa de su garganta, a pesar del horror que le causa el derramamiento de sangre:

«Bueno, ¡es la revolución!

»Conque llegó por fin este instante, esperado y anhelado a partir de la primera crueldad del padre, de la primera bofetada de la mano del maestrucho, del primer día sin pan, de la primera noche sin techo — ¡hela aquí, la venganza por la escuela, por la miseria, por Diciembre!»

Examinemos esa exclamación; en él cabe todo Vallès. Ya hemos dicho que en el tomo anterior no encontraremos ninguna huella de evolución intelectual en el sentido del socialismo científico; la revolución, la Comuna, los cadáveres, sólo significan para él la liberación de los resentimientos de la niñez, la venganza, no sólo del Diciembre, sino también de su hogar, de su vida. Ello no quiere decir que Vallès, el publicista, no se sintiera autorizado para pronunciarse en cuestiones técnicas y de organización que se le presentaban al nuevo régimen. En aquellos días aparece su «programa», en el que leemos que París debe proclamarse ciudad libre, comunidad libre (*commune affranchie*), estado republicano (*cité républicaine*), «realizando, dentro de las posibilidades, las teorías del gobierno directo, que existe en la república suiza». Y, después de trazar en unas cuantas páginas un plan detallado de las disposiciones necesarias, tanto para la economía interna, como para las negociaciones con los representantes del ejército prusiano y el gobierno de Francia, Vallès termina su programa con las palabras siguientes: «Tales son las disposiciones que han de tomarse inmediatamente, ante la amenaza de caer en el caos y rodar al precipicio.»

Pero en el mismo momento veremos todavía otra encarnación de Vallès. Hele aquí al pueblo derribando la famosa columna de la *Place Vendôme*, con la estatua de Napoleón. Vallès odia a los Napoleones — tanto al tercero como al primero. Detesta al poeta Béranger porque «lamía la columna de bronce de Napoleón; se arrodillaba ante el sombrero de ese bandido». Escribe un poema «A la colonne», que es como una respuesta burlesca a todas las «odas a la columna» idolátricas de Víctor Hugo y de otros. Me permito citar el poema en el original:

A LA COLONNE

*Le colosse d'airain, qu'ont brisé nos colères,
Aux yeux de la canaille ouvre ses flancs béants;
Crachons sur lui, nous tous qu'on forçait, pauvres hères,
A payer quatre sous pour lui grimper dedans!
Quatre sous! . . . Pour les gueux, on ne t'avait pas faite,
Et les désespérés, qui, sans pain, sans logis,
Voulaient sur le pavé s'élançer de ton faite,
Ne pouvaient même pas se suicider gratis!
C'est fini, ce temps là . . . Te voilà sur la place,
Grand cadavre verdâtre en morceau mis par nous;
Et pour les meurt-de-faim, la grande populace,
Avec ton Bonaparte on va frapper des sous!*

Volvamos al tercer tomo de la trilogía. Desde entonces, del 18 de Marzo de 1871, hasta el final, aquél se convierte en un diario de la Comuna. Seguramente está escrito *ex post*, de recuerdos; pero esos recuerdos se tienen tan vivamente con la fiebre del momento, que, al leerlos, nos sentimos transportados al fragor de la lucha. Vallès es al comienzo un paisano, pero como redactor del *Cri du peuple*, y estimando que con ello iba a beneficiarse la disciplina revolucionaria, se militariza, recibe el grado de capitán, un quepís y un sable. Resultará extraño, pero, a partir del momento en que se viste

de uniforme y ostenta una jerarquía oficial, nadie le hace caso; tiene que transformarse de nuevo en paisano para lograr siquiera que se le preste atención. Más tarde le nombran de pronto alcalde de un distrito; fué también miembro de la Comisión Educacional. Goncourt, en su *Diario*, le hace ministro de Instrucción Pública, augurándole, a consecuencia de este nombramiento, un mal fin a la Comuna. Leamos su apunte, fechado el 31 de Marzo: «*Risum teneatis!* . . . Jules Vallès es ministro de instrucción. Los bohemios vienen directamente de la taberna a ocupar el sillón donde se sentaba Villemain. Y sin embargo hay que decir que de toda la banda de Assi, este hombre es el que tiene más talento y menos maldad. Pero Francia es tan «clásica» que las teorías literarias de este escritor le han hecho ya más daño al nuevo gobierno, que las teorías sociales de sus compañeros. Un ministro que se atreve a decir que hay que mandar a la buhardilla las obras de Homero y que al «Misántropo» de Molière le falta gracia, le parece a los burgueses más aterrador, más disolvente, más antisocial, que si este mismo gobierno hubiese acordado en un solo día la abolición de la herencia y la sustitución del matrimonio por el amor libre.»

En efecto, todavía en el año 1866, Vallès, persiguiendo con su odio a los clásicos (siempre el resentimiento de la juventud) atronó al estupefacto París con un editorial en *L'Evenement*, que terminaba con estas palabras:

«¡A la basura con este montón de antiguallas, al vertedero con el melodioso Virgilio y el inmortal cuentero que parió la *Iliada* y la *Odisea*! ¡Levántese las faldas, señorita Schneider [actriz en boga que representaba la «bella Elena»], y tú, viejo Homero, hala, al asilo para ciegos!»

La actividad de la Comisión Educacional no siguió, naturalmente, esa línea iconoclasta. Pero a Vallès no le olvidaron su artículo. Ya después de la caída de la Comuna, en su correspondencia del año 1880, Flaubert, al hacer su balance del pasivo de la Comuna, escribe: «Era ministro de instruc-

ción el gran Vallès, ¡que se jactaba de importarle Homero un rábano!»

En verdad, Francia es tierra del clasicismo; que ello justifique los excesos de Vallès, aunque sólo sea en memoria de aquel día cuando iba a casa llorando amargamente, con tres coronas de laurel sobre la cabeza.

Termina este tomo — y la trilogía — con la derrota de la Comuna. Cuando los versalleses entraron en París y comenzó la cruel represión, Vallès, al verlo todo perdido, se oculta, se afeita la barba más tarde e intenta escabullirse de la ciudad, montado en un carro. Unos soldados arrojan sobre aquel carro a un herido, con la orden de llevarlo a la ambulancia; el herido murió pero su cadáver constituye una justificación valiosa. Vallès recorre la ciudad con el cadáver hasta encontrar un punto menos vigilado y se escapa. A un paso de la frontera, cuando aún pueden prenderle, le pasan por la cabeza los característicos pensamientos — siempre los mismos:

«Mis agravios han muerto — he tenido mi día.

»A muchos niños les pegaron igual que a mí; muchos bachilleres han sufrido hambre y descendido a la tumba sin haber vengado su juventud.

»Tú juntaste tus miserias y tus dolores y llevaste a tu puñado de reclutas a aquella insurrección que fué la gran federación del sufrimiento.

»¿De qué te quejas todavía?...»

Un momento más — y Vallès está al otro lado de la frontera. Va a Inglaterra, donde quedará hasta 1880, colaborando en las publicaciones radicales de Francia. En el año 1878 publica en el folletín del diario *Le Siècle* el primer tomo¹ (*L'Enfant*) — bajo seudónimo. Cuando la amnistía le permite regresar a París, amplía su actividad de publicista, vuelve a editar su diario *Cri du peuple*. En los últimos años su secretaria y cultora es la Séverine, más tarde popular

¹ El tomo segundo (*Le Bachelier*) apareció en 1881, el tercero (*L'Insurgé*) después de la muerte del autor, en 1886. (N. del A.)

escritora y activista social. Vallès muere en 1885 y su entierro es una gran manifestación del París popular.

Vallès fué uno de los publicistas más sonados, más influyentes de su época. La única atmósfera en que podía vivir y actuar era la de lucha, de pasión, de fiebre, y su estilo se moldeaba en aquel combate; su actuación como publicista, la misma que le dió la mayor fama, resulta hoy día la más muerta de su herencia. Fué esa actuación la que le mereció el severo juicio de Engels, que en una carta a Bernstein (17 de Agosto de 1884) le llama fraseólogo literario. Parece que Vallès, una vez salido del círculo de sus recuerdos juveniles, sus agravios y obsesiones, no tenía gran cosa que decir. Pero dejó un libro digno de un gran escritor: precisamente aquel en que encerró las miserias de su juventud, la tragedia — o más bien tragicomedia — social del niño.

Traducción de Mauricio Amster

BABEL
Revista de Arte y Critica

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
Lain Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. \$ 10 mlch.
Suscripción a 6 números. \$ 50 mlch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. 0,30 ujs.
Suscripción a 6 números. 1,50 ujs.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

EL LIBRO:

UN REGALO DIGNO

Y PERDURABLE. PRE-

FIÉRALO Y ELÍJALO

ENTRE LAS EDICIONES

NACIONALES.

CAMARA DE EDITORES DE CHILE

NOVELAS DE AUTORES CHILENOS

CASA CON TRES PATIOS, por Guillermo Koenenkampf. Es esta una novela tierna, triste, dulce, amable y realista, escrita en un tono singularmente encantador. \$ 10.—

CARTAS DE LA ALDEA, por Manuel J. Ortiz. Carlos Silva Vildósola dijo de esta obra: «Respira todo el libro un olor a hierbas silvestres, vuela por sus páginas el aroma de los campos y pasa entre ellos el viento de los valles chilenos, cargados de polvo de los caminos escabrosos.» \$ 30.—

CAGLIOSTRO, por Vicente Huidobro. En un estilo rápido, y salpicado de imágenes inesperadas, nos muestra Huidobro, dentro de lo irreal y lo fantástico, la vida de Cagliostro, cobrando perfiles de palpitante vitalidad. \$ 16.—

VIENTO DE MALLINES, por Mariano Latorre. De un tema criollo, como todas las obras de este autor nacional, nos narra Latorre con su maestría reconocida un aspecto interesante del ambiente de nuestra patria. \$ 35.—

LA NOCHE EN EL CAMINO, por Luis Durand. El libro proclamado como el Libro del Mes por el PEN CLUB DE CHILE. El paisaje y el carácter de Chile son el fondo de un cuadro en el que, sobre el cañamazo de nuestros panoramas y los escenarios peculiares de nuestro país, se desarrolla un drama de amor entreverado por conflictos profundamente humanos. \$ 40.—

PUERTO MAYOR Y CHILENOS DEL MAR, por Mariano Latorre. La existencia heroica, misteriosa, doliente y aventurera de los hombres que viven para el mar. Las narraciones de este libro figuran entre las mejores que haya escrito nuestro novelista. \$ 30.—

NO SIRVE LA LUNA BLANCA, por Luz de Viana. El libro aclamado por todos los críticos. Se nos revela una nueva escritora chilena, que contempla el paisaje y los sucesos de nuestra tierra con una mirada original y los expone con cautivante estilo. \$ 45.—

AVENIDA SAN JUAN 128, por Gregorio Amunátegui. Amena y sugestiva es esta novela del nombrado político chileno, que hace sus primeras armas en el campo literario. Es un vivo retrato de la vida en la gran ciudad, con sus agitaciones y sorpresas. \$ 40.—

MARTIN RIVAS, por Alberto Blest Gana. El libro que ha sido y seguirá siendo, por muchos años, la novela favorita de todo un mundo de lectores, por su trama y la simpatía humana de sus tipos y por la justeza y colorido de sus cuadros de costumbres. \$ 25.—

ROTOS, por Lautaro Yankas. La vieja escuela criollista echa de nuevo una rama verde y nos la presenta con jugosa alegría. Junto a otros libros de índole análoga o tema distinto, estos cuentos abren un capítulo brillante en la historia de las letras nacionales. \$ 25.—

EN EL EXTERIOR:

Calcúlese US. \$ 0,04.— por cada peso chileno

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador.*

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D.

Santiago de Chile